

MO XIANGTONG XIU

Mo Dao 1
Zi Shi

El Gran Maestro
de la
Cultivación
Demoníaca

NORMA
Editorial



El Gran Maestro de la Cultivación Demoníaca



MO XIANG TONG XIU

Traducción: Javier Altayó

NORMA
Editorial



CAPÍTULO I

Reencarnación

—¡ALBRICIAS! ¡Wei Wuxian está muerto!

El asedio a la colina de las fosas acababa de terminar. La noticia había volado a lo largo y ancho del mundo de la cultivación en cuestión de horas, propagándose aún más rápido que las llamas de la guerra que se había desatado.

Todos los cultivadores, tanto aquellos que pertenecían a clanes ilustres como los que se dedicaban a la práctica solitaria, andaban comentando aquella operación de conquista liderada por los cuatro clanes principales con el apoyo de cientos de familias más.

—¡Albricias, albricias, sí! ¿Y quién ha sido el héroe que ha matado al patriarca de Yiling?

—¿Quién va a ser? Su propio hermano cultivacional¹, Jiang Cheng, el joven líder de la secta Jiang. El ataque fue liderado por

¹ Término que designa a los discípulos de una misma secta. (*Todas las notas de este libro son del traductor*).

los cuatro grandes clanes: el clan Jiang de Yunmeng, el clan Jin de Lanling, el clan Lan de Gusu y el clan Nie de Qinghe. Juntos antepusieron la justicia a cualquier vínculo y arrasaron la guarida de Wei Wuxian.

—Pues hay que decirlo: dichosa sea su muerte.

Alguien arrancó a aplaudir de inmediato.

—¡Dichosa, sí! Han hecho bien. Si en su día el clan Jiang no lo hubiera acogido, Wei Ying² no habría llegado a nada en la vida... ¡Habría acabado sus días mendigando por plazas y mercados como un pordiosero! El anterior líder del clan Jiang lo crio como a un hijo de su sangre, ¿y él qué hizo? ¡Desertar y convertirse en enemigo de todos los cultivadores! No solo deshonoró al clan Jiang, sino que estuvo a punto de causar su exterminio. ¡Solo un ingrato muerde la mano que le ha dado de comer!

—Jiang Cheng toleró sus desmanes durante demasiado tiempo. Yo, en su lugar, no me habría conformado con darle una estocada cuando desertó. ¡Lo habría liquidado del todo! Así no habría tenido ocasión de cometer tantas atrocidades... Ya sé que se criaron juntos, ¡pero uno no puede tener piedad con alguien así!

—Pues a mí me han contado otra cosa... Que la misma magia negra que Wei Wuxian practicaba se le volvió en contra y murió devorado por los mismos generales fantasma a los que comandaba. Dicen que lo destrozaron a dentelladas mientras aún estaba vivo hasta convertirlo en polvo.

² Ying es el nombre de nacimiento de Wei Wuxian.

—¡Ja, ja, ja, ja! El karma no perdona. Llevo mucho tiempo queriendo decir esto: sus generales eran tan despiadados como una jauría de perros rabiosos. ¡Si es verdad que al final se lo comieron, lo tuvo merecido!

—Pero, igualmente, si Jiang Cheng no hubiera tenido en cuenta el punto débil del patriarca de Yiling a la hora de acometer el asedio, quién sabe lo que habría pasado... No olvidemos lo que Wei Wuxian tenía en su poder, lo que dio muerte a más de tres mil cultivadores de renombre en una sola noche...

—¿No fueron cinco mil?

—Tres mil, cinco mil... Para el caso es lo mismo. Puede que sí fueran cinco mil.

—Menudo demente era...

—Pero antes de morir destruyó el amuleto del Tigre Estigio, al menos tiene eso en su descargo. Si no lo hubiera hecho, esa arma abominable seguiría causando estragos en el mundo y él aún cargaría con más culpa.

La mera mención de aquel objeto suscitó un brusco silencio. Todos parecían recelar de algo.

—Ah... —suspiró alguien al cabo de un rato—. El caso es que Wei Wuxian pertenecía a una familia de cultivadores muy rica y distinguida y tampoco le faltaba talento; llegó a cosechar grandes éxitos de joven, su futuro no podía ser más prometedor... ¿Cómo ha podido terminar así...?

El cambio de tema reavivó la discusión.

—Su final demuestra que un cultivador debe conducirse siempre por la senda ortodoxa. Al principio la senda demoníaca

puede parecer gloriosa y tentadora. ¡Je! Pero mira adónde lo llevó...

—¡A morir despedazado³! —exclamó una voz.

—No fue solo su forma de cultivar lo que lo perdió. La raíz de todo sigue siendo su pésimo carácter. ¡Wei Wuxian concitaba la ira del cielo y de los hombres! Y, como bien es sabido que las acciones acarrearán consecuencias, al final recibió su merecido...

Nadie tuvo nada que objetar. Ahora que Wei Wuxian estaba muerto, la discusión en torno a su persona había quedado zanjada. Todo el mundo coincidía en decir más o menos las mismas cosas de él y, en la rara ocasión en la que surgía alguna voz discordante, esta se silenciaba de inmediato.

Pero una idea perturbadora rondaba la cabeza de todos cual oscuro nubarrón...

Se suponía que Wei Wuxian, el patriarca de Yiling, había muerto en la colina de las fosas, pero los jirones de su alma no habían podido invocarse. Podía ser que su alma hubiera sido aniquilada por la mirada de fantasmas que devoraron su cuerpo, pero también podía ser que hubiera logrado escapar.

Lo primero sería, naturalmente, motivo de gran celebración. Sin embargo, el patriarca de Yiling poseía poderes inimaginables capaces de mover montañas y volcar los mares... o al menos eso se decía. Alguien así debía de ser capaz de resistirse a una invocación sin demasiada dificultad. Si la esencia de su espíritu regresaba y

³ En la China antigua toda muerte que implicara la destrucción o mutilación del cuerpo se consideraba particularmente aciaga. Despedazar a alguien hasta hacerlo polvo era un castigo exclusivamente reservado a los peores criminales.

poseía un cuerpo, podría reencarnarse. En tal caso, no ya el mundo de la cultivación, sino la humanidad entera debería enfrentarse a una cruel venganza que la sumiría en un torrente de sangre y oscuridad.

Así pues, en cuanto las ciento veinte bestias de piedra que se necesitaban para sellar una montaña estuvieron colocadas en la cima de la colina de las fosas, los grandes clanes comenzaron a celebrar frecuentes rituales de invocación. También vigilaron estrechamente todos los casos de posesión e investigaron cualquier suceso extraño allá donde se produjera. La alerta era máxima.

Durante el primer año todo estuvo en calma.

También durante el segundo.

Y durante el tercero.

Pasaron trece años y todo seguía en calma.

Con el tiempo cada vez más gente empezó a creer que quizá, después de todo, Wei Wuxian no había sido tan poderoso; que su alma podía haberse extinguido de verdad.

Al hombre que había doblegado el mundo le había llegado la hora de ser doblegado a su vez.

Nadie merecía eterna veneración. Las leyendas no eran más que leyendas.





CAPÍTULO II

El indomable

NADA MÁS ABRIR LOS OJOS, Wei Wuxian sintió que le propinaban una patada en el pecho.

—¡Deja de hacerte el fiambre! —tronó una voz en sus oídos.

El impacto estuvo a punto de hacerlo vomitar.

«Hay que ser muy temerario para atreverse a patear al patriarca de Yiling», pensó aturdido mientras yacía de espaldas en el suelo.

Había perdido la cuenta de los años que llevaba sin oír la voz de una persona viva, más aún un grito tan destemplado como aquel. La cabeza le daba vueltas, veía borroso y la voz de ganso ronco de un adolescente retumbaba en sus oídos:

—¿Te has parado a pensar de quién es esta choza en la que vives? ¿Y el arroz que comes? ¿Y el dinero que gastas? ¿Qué importa si te cojo un par de cosillas? ¡No me llevo nada que no sea mío!

En ese momento empezaron a oírse golpes y estrépito por todas partes: estanterías volcándose, objetos estrellándose contra

el suelo... Al cabo de un rato, conforme Wei Wuxian empezó a ver con más claridad, distinguió un techo gris seguido de un rostro furibundo que le escupía desde arriba al gritarle.

—¡Ahora vas y cuentas esto también! ¿Crees que me da miedo? ¿De verdad piensas que alguien en esta casa va a ponerse de tu lado?

Dos hombres corpulentos con aspecto de sirvientes se acercaron corriendo.

—¡Ya está todo destrozado, señor!

—¿Tan rápido?

—Apenas había nada en este cuchitril.

El chico de la voz de ganso sonrió satisfecho. Luego se volvió hacia Wei Wuxian y, señalándolo con tanto ímpetu como si quisiera hacerle un agujero en la frente, le dijo:

—¡Para irte de la lengua eres muy valiente! ¿Ahora te haces el muerto? ¡Ahórrate la farsa, tu basura no le importa a nadie! ¡Trastos viejos y papeles raídos! ¡Si acaso, te he ayudado a limpiar! ¡A ver qué te inventas luego para acusarme! ¿Te crees muy superior por haber pasado un par de años entre cultivadores? ¡Si al final te echaron como a un perro!

«No estoy fingiendo, llevaba muchos años muerto de verdad», pensó Wei Wuxian, aún entre la muerte y la vida.

¿Quién era aquel chico?

¿Dónde estaban?

¿Y cuándo había poseído él aquel cuerpo?

Ahora que lo había pateado y le había puesto la casa patas arriba, el chico de la voz de ganso parecía haber descargado su ira lo suficiente. Seguido de sus dos sirvientes, desfiló hacia la puerta con

aire de suficiencia y salió dando un sonoro portazo. Luego se lo oyó gritar:

—¡Vigíladlo! ¡No queremos que salga a hacer de las suyas y lo vean!

Los sirvientes que estaban con él al otro lado de la puerta asintieron al unísono. Cuando se fueron, se hizo el silencio tanto dentro como fuera de la casa. Wei Wuxian trató de sentarse, pero sus extremidades no lo obedecían, así que no tuvo más remedio que seguir tumbado. Aún con la cabeza dándole vueltas, consiguió volverse lo suficiente como para observar aquel entorno desconocido y el desorden del suelo.

A su lado había un espejo de bronce. Cuando lo recogió y se miró en él, vio una cara espantosamente blanca con dos grandes manchas rojas en las mejillas. Solo le faltaba sacar la lengua para terminar de parecer un fantasma degollado.

Abrumado por aquella visión, volvió a dejar el espejo en el suelo. Luego se tocó la cara y la mano se le quedó cubierta de polvo blanco.

Afortunadamente, aquella no era la apariencia natural de su nuevo cuerpo, solo un despropósito fruto de las inclinaciones del anterior dueño, un hombre hecho y derecho al que le gustaba maquillarse... pero al que se le daba de pena.

El sobresalto le devolvió algo de energía, así que por fin pudo incorporarse. Fue entonces cuando advirtió que estaba sentado sobre un círculo de invocación. Era de color rojo y tenía forma irregular, debían de haberlo dibujado a mano con sangre. Aún no se había secado del todo y despedía un fuerte olor metálico. Contenía varios conjuros garabateados. Aunque los había emborronado un

poco con el cuerpo, las formas y los caracteres que aún se podían reconocer irradiaban una inquietante malignidad. Para alguien como Wei Wuxian, apodado durante años «supremo señor del mal», «gran maestro de la cultivación demoníaca» y más cosas por el estilo, fue fácil reconocer a primera vista que aquello no era nada bueno.

Él no había poseído aquel cuerpo. ¡Se lo habían ofrendado!

Las ofrendaciones eran, en esencia, un tipo de maldición. La persona que la lanzaba tenía que hacerse varios cortes en el cuerpo con un arma afilada, usar la sangre para trazar un círculo y escribir una serie de conjuros en su interior. Después, sentada en el centro del círculo, invocaba al fantasma avieso más infame y vil posible y le pedía que tomara posesión de su cuerpo y la ayudara a cumplir un deseo. El precio era la pérdida de su cuerpo mortal en beneficio del espíritu maligno y la destrucción de su alma.

Así pues, una ofrendación era lo contrario de una posesión.

Las dos eran artes prohibidas con muy mala fama, pero la primera resultaba mucho menos popular que la segunda: al fin y al cabo, pocas personas deseaban algo con tanta intensidad como para estar dispuestas a sacrificar todo cuanto tenían. Por eso, después de siglos sin usarse, la técnica había caído prácticamente en el olvido. Los libros apenas recogían un puñado de casos respaldados por pruebas fiables. Todos habían sido venganzas y todos los espíritus malignos invocados habían cumplido el deseo de su invocador de forma cruel y sanguinaria.

Wei Wuxian estaba indignado.

¿Desde cuándo lo categorizaban como un «fantasma avieso, infame y vil»?



Si bien era cierto que su reputación había sido bastante mala y había sufrido una muerte cruel, después no había hecho ni una sola travesura, ni por diversión ni por venganza. ¡Estaba en condiciones de jurar que no había habido un solo fantasma errabundo más afable y pacífico que él!

El problema era que las ofrendaciones se regían por la voluntad del invocador. Por mucho que le disgustara, él ya estaba dentro de aquel cuerpo, lo cual era un reconocimiento tácito de que las partes habían establecido un contrato: o cumplía el deseo de su invocador o la maldición recaería sobre él, destruiría la esencia de su espíritu y ya nunca más podría reencarnarse.

Se aflojó el fajín y levantó los brazos para echarles un vistazo. Como era de esperar, tenía varios cortes entrecruzados que debían de proceder de un arma afilada. Ya no sangraban, pero sabía que aquellas no eran heridas corrientes: solo sanarían si cumplía el deseo del dueño original de aquel cuerpo. Cuanto más tardara, más empeorarían y, en caso de que el plazo de cumplimiento venciera, tanto su alma como el cuerpo que había recibido serían aniquilados.

Tras comprobar varias veces que no había ningún error y gritar «¡esto es ridículo!» otras tantas, se apoyó en la pared y se puso por fin de pie.

La casa era grande, pero estaba prácticamente vacía y en muy mal estado. Las sábanas de la cama debían de llevar mucho tiempo sin lavarse, porque apestaban a moho. En un rincón había una cesta de bambú, volcada momentos atrás, de la que sobresalían basura y unas cuantas bolas de papel arrugado. Wei Wuxian advirtió que

tenían marcas de tinta, así que recogió una y la desenrolló. Cuando vio que estaba escrita, se apresuró a recoger las demás.

Aquellos papeles debían de ser la forma en la que el anterior propietario de aquel cuerpo había desahogado sus frustraciones en los malos momentos. Había varios pasajes confusos e incoherentes, pero la ansiedad de su autor era perfectamente palpable. Wei Wuxian leyó con atención cada página y, cuanto más leyó, más sintió que algo iba mal.

Después de un buen rato atando cabos, sacó en claro varias cosas. Para empezar, el propietario de aquel cuerpo se llamaba Mo Xuanyu y aquella casa estaba en la villa de su familia.

El abuelo materno de Mo Xuanyu había sido un hombre prominente de la zona. Su estirpe era poco numerosa y el destino no había querido darle ningún hijo varón. Tras años de intentos solo le concedió dos hijas. El nombre de la segunda no se mencionaba. Solo la primera había nacido de la esposa legítima, por eso la casaron con un hombre que se fue a vivir con ellos⁴. La segunda hija era extraordinariamente hermosa, pero había nacido de una sirvienta, de modo que en un principio la familia había pensado casarla con quien fuera y deshacerse de ella. No imaginaban el maravilloso suceso que iba a acontecer: cuando tenía dieciséis años, el líder de un clan importante que pasaba por el lugar la vio y quedó prendado de ella. Ambos hicieron de la mansión de los Mo el escenario de sus

⁴ Antigua práctica conocida como «adopción del yerno» (*ruzhuì*). Las familias pudientes sin herederos varones solían casar a una de sus hijas con un hombre de inferior nivel económico que aceptaba irse a vivir con ellos y adoptaba el apellido familiar para así poder perpetuarlo.

encuentros furtivos, fruto de los cuales un año después ella dio a luz a un niño: Mo Xuanyu.

Los habitantes de la villa de los Mo solían reprobar tales asuntos, pero la gente de la época estaba fascinada por la cultivación. A ojos del común de los mortales, los cultivadores, envueltos en su aura de misticismo y nobleza, eran poco menos que elegidos de los cielos. El hecho de que el ilustre cultivador enviara de vez en cuando dinero para apoyar a su nueva rama familiar externa también ayudó a que hicieran la vista gorda.

Los Mo se sentían orgullosos y la gente los envidiaba, pero nada dura para siempre: el ilustre cultivador solo sentía apetito por la carne fresca y en menos de dos años se hartó. A partir de ese momento sus visitas fueron espaciándose y, después de que Mo Xuanyu cumpliera cuatro años, dejó de acudir.

En los años que siguieron la actitud de la gente de la villa cambió de nuevo. Volvieron otra vez la burla y el escarnio, esta vez acompañados de desdeñosa lástima. Sin embargo, la segunda hija de la familia Mo se negó a aceptar aquel destino. Estaba convencida de que el cultivador no iba a olvidarse de su hijo. Y, en efecto, así fue: cuando Mo Xuanyu cumplió catorce años, envió una gran comitiva que fue a llevárselo de forma oficial.

La segunda hija de la familia Mo volvió a llevar la cabeza bien alta. No pudo marcharse con su hijo, pero se resarcía de las humillaciones sufridas proclamando con orgullo ante todo aquel que encontraba a su paso que su hijo iba a convertirse en el líder de una secta cultivacional y brindaría honor a sus antepasados. Así pues, la actitud de la gente cambió por tercera vez.

Sin embargo, antes de que Mo Xuanyu completara su formación y pudiera heredar el puesto de su padre, fue expulsado y tuvo que volver. La razón no podía ser más deshonrosa: Mo Xuanyu era un mangacortada⁵. No solo eso, sino que encima había tenido la osadía de acosar a otro miembro del clan. Aquel escándalo, sumado al hecho de que Mo Xuanyu tenía un talento mediocre y no progresaba, dejó al clan sin motivos para retenerlo.

Su infortunio no terminó ahí. Algo más debió de pasarle, pues regresó completamente trastornado. Había ratos en los que estaba bien, pero luego había otros en los que se quedaba atontado, como si el miedo lo paralizara.

Wei Wuxian frunció el ceño al leer aquel pasaje.

Que le gustaran los hombres podía tener un pase, pero es que encima estaba chalado... Eso explicaba que llevase la cara pintarrajeada de aquella manera. También que a nadie le hubiera extrañado ver un círculo de invocación pintado en el suelo. Seguramente Mo Xuanyu podría haber embadurnado de sangre la habitación entera y a nadie le habría parecido raro. ¡Todos sabían que estaba mal de la cabeza!

Después de que Mo Xuanyu regresara a su antiguo hogar, comenzaron a lloverle burlas e insultos. Esta vez ya no había esperanza de que las cosas fueran a cambiar. Incapaz de soportar aquel revés, la segunda hija de la familia Mo murió asfixiada por la rabia que acumuló en el pecho.

Para entonces, el abuelo de Mo Xuanyu ya había muerto y quien llevaba las riendas de la familia era su primogénita. La nueva

⁵ Término peyorativo para referirse a un hombre homosexual.

matriarca, que nunca había soportado a su hermana menor, despreciaba aún más a su bastardo. Ella también había tenido un hijo, el chico de la voz de ganso que acababa de poner patas arriba los aposentos de Mo Xuanyu. Su nombre era Mo Ziyuan. El día de la esplendorosa partida de Mo Xuanyu, la señora Mo había querido que los cultivadores se llevaran también a su hijo para entrenarlo. Al fin y al cabo, eran parientes. Sin embargo, su pretensión había sido rechazada o, mejor dicho, ignorada.

Pues claro. ¿Qué esperaba? ¿Que se llevaran a los dos por el precio de uno, como si fueran coles de oferta en el mercado?

Wei Wuxian no podía creer las ínfulas que se daba aquella familia. Por alguna extraña razón, estaban convencidos de que Mo Ziyuan tenía lo que había que tener para ser cultivador y que, de habérselo llevado a él en lugar de al fracasado de su primo, seguramente habrían reconocido su valía. Mo Ziyuan no era más que un niño cuando se llevaron a Mo Xuanyu, pero, a fuerza de inculcarle aquellas ideas absurdas, había acabado creyéndoselas, así que cada dos por tres se metía con él y lo acusaba de haberle robado la oportunidad de su vida. Estaba tan enamorado de los talismanes, las píldoras y los pequeños artefactos espirituales que Mo Xuanyu se había traído que se los robaba y hacía lo que quería con ellos. El estado de enajenación de Mo Xuanyu no le impedía ser consciente de aquellas humillaciones. Trató de tolerar la situación, pero el comportamiento de su primo no hacía más que empeorar. Cuando ya prácticamente le había vaciado la casa, se hartó, se plantó delante de sus tíos y farfulló como pudo su queja. Ese era el motivo por el que Mo Ziyuan se había presentado para armar follón.

La letra de los papeles era tan menuda y apretada que a Wei Wuxian le dolían los ojos del esfuerzo que requería leerla.

«Menuda vida de mierda», pensó. «No me extraña que Mo Xuanyu estuviera dispuesto a ofrendar su cuerpo a un fantasma avieso a cambio de que se vengara por él».

El dolor de ojos se transformó en dolor de cabeza. Según el procedimiento habitual de las ofrendaciones, el invocador debía recitar mentalmente su deseo a la vez que trazaba el círculo. Como espíritu maligno invocado, Wei Wuxian tendría que haber oído los detalles de su petición. Sin embargo, Mo Xuanyu debía de haber aprendido la técnica de algún libro al que le faltasen páginas, pues se había saltado ese paso. Wei Wuxian podía suponer que buscaba venganza contra la familia Mo, pero ¿de qué tipo? ¿Hasta qué extremo? ¿Bastaría con recuperar las cosas que le habían robado? ¿Pegarle una paliza a toda la familia Mo?

O quizá... ¿matarlos?

¡Sí, lo más probable era que quisiese que los matara! Cualquiera que hubiera formado parte del mundo de la cultivación sabía qué términos se usaban para describir a Wei Wuxian: un hombre perturbado, un vil traicionero... la misma encarnación del mal. Mo Xuanyu no se habría atrevido a invocar a alguien con esa fama para encargarle una tontería.

Wei Wuxian suspiró con impotencia.

—Ah, pero conmigo te has equivocado...

Sintió ganas de lavarse la cara para poder contemplar el semblante que había pertenecido al antiguo dueño de su cuerpo. Sin embargo, dentro de aquella casucha no había agua de ningún tipo,

ni siquiera para beber. El único recipiente a la vista tenía más aspecto de orinal que de palangana.

Intentó abrir la puerta, pero estaba atrancada por fuera. Debían de tener miedo de que saliera a hacer chifladuras.

¡Reencarnarse no le estaba resultando nada grato!

Resignado, optó por sentarse a meditar un poco e intentar acostumbrarse a su nuevo cuerpo. Pasó así un día entero. Cuando volvió a abrir los ojos, la luz del sol se filtraba por las rendijas de la puerta y las ventanas. Aunque ya pudo levantarse y caminar, seguía sintiéndose mareado.

«Qué raro... Mo Xuanyu cultivó una fortaleza espiritual insignificante, manipular este cuerpo debería ser pan comido. ¿Por qué me cuesta tanto usarlo?».

Solo cuando oyó el ruido que le hacían las tripas comprendió que su estado no tenía nada que ver con la fortaleza espiritual: simplemente aquel cuerpo no estaba entrenado para el ayuno y tenía hambre. O se afanaba en encontrar algo de comer o corría el riesgo de pasar a la historia como el primer espíritu maligno que moría de inanición inmediatamente después de que le ofrendaran un cuerpo.

Respiró hondo y levantó una pierna. Justo cuando estaba a punto de echar la puerta abajo, oyó un ruido de pasos. Alguien pateó la puerta desde el otro lado y gritó:

—¡La comida!

A pesar de aquel anuncio, la puerta permaneció inmóvil. Wei Wuxian miró hacia abajo justo a tiempo de ver como le dejaban un pequeño cuenco en el suelo a través de una portezuela.

—¡Date prisa! ¿A qué esperas? —le gritó el sirviente que estaba fuera—. Y, cuando termines, saca el bol.

La portezuela era algo más pequeña que una trampilla para perros, de modo que no podían pasar personas, solo comida, en este caso un cuenco de arroz blanco con doble guarnición, a cuál menos apetitosa. Wei Wuxian cogió los palillos que estaban clavados en el arroz y empezó a mezclarlo todo con gesto alicaído.

El gran patriarca de Yiling había regresado al mundo para ser recibido con gritos y patadas. ¡Y su primera comida iba a consistir en sobras frías! Nadie iba a creerlo cuando se lo contara. ¿Qué había sido de su sangriento reinado? ¿De qué habían servido tantas matanzas y masacres? Ah, pero de un dragón varado en una charca se ríen hasta las gambas; con el tigre que está fuera de su montaña se atreven hasta los perros; un fénix desplumado vale menos que un pollo.

Entonces volvió a oírse la voz del sirviente. Sin embargo, esta vez sonó tan risueña que bien podría haber pertenecido a otro hombre.

—¡Eh, Ding! Ven aquí.

—¡Tong! —le respondió una dulce voz femenina desde la distancia—. ¿Has venido a traerle la comida a ese?

Tong chasqueó la lengua.

—Pues claro. ¿Por qué iba a acercarme si no a este patio con tan mal fario?

La voz de Ding, bastante más cerca de la puerta ya, replicó:

—No te quejes tanto, que solo tienes que venir una vez al día; el resto del tiempo puedes hacer el vago sin que nadie te diga nada.

En cambio, ¡mírame a mí! Tengo tanto trabajo que no puedo ni salir a dar un paseo...

—¡Oye, que hago más cosas! —protestó Tong—. ¿Y adónde ibas a ir, con tanto cadáver ambulante como hay últimamente? Todo el mundo está encerrado a cal y canto.

Wei Wuxian se acuclilló junto a la puerta y escuchó con atención mientras engullía el contenido del cuenco con ayuda de los palillos.

Parecía que las cosas andaban revueltas en la villa de los Mo. Los cadáveres ambulantes, como su nombre sugería, eran muertos vivientes con la facultad de caminar. Pertenecían a la categoría de cadáveres más baja que existía y eran bastante comunes. Tenían la mirada vidriosa, avanzaban muy lentamente y resultaban muy poco letales, pero, aun así, eran capaces de aterrorizar a la gente corriente y su pútrido olor podía hacerte vomitar.

Para Wei Wuxian, en cambio, aquellos cadáveres eran meras marionetas fáciles de controlar y muy obedientes. Oír hablar de ellos en aquel momento le resultaba casi entrañable.

Tong sonó como si estuviera arqueando las cejas con complacencia.

—Tienes que llevarme contigo cuando salgas, así podré protegerte...

—¿Tú vas a protegerme? —replicó Ding, burlona—. Anda, fanfarrón, ¿cómo vas a poder con esas criaturas?

—Si no puedo yo, no podrá nadie —protestó Tong en tono de agravio.

Ding se echó a reír.

—¿Y tú qué sabes de lo que son capaces los demás? Mira, justamente hoy ha llegado una misión de cultivadores. Dicen que son

de una secta muy prominente... La señora está recibéndolos en el salón principal, hay un montón de gente curioseando. ¿No oyes como un murmullo? Bueno, ya no pierdo más el tiempo contigo. Me voy, no sea que me necesiten para algo.

Wei Wuxian aguzó el oído. Efectivamente, se percibía un vago murmullo. Después de unos instantes de reflexión, se levantó y le pegó tal patada a la puerta que quebró el madero que la atrancaba.

Los sirvientes dicharacheros gritaron sobrecogidos al ver que la puerta se abría de golpe. Wei Wuxian tiró al suelo el cuenco y los paliillos, y se aventuró al exterior. La luz del sol lo cegó. También le hizo sentir un ligero cosquilleo en la piel, así que se hizo sombra con la mano sobre los ojos y los mantuvo cerrados un momento.

Cuando Tong, que había soltado un alarido el doble de agudo que el de Ding, se recobró del susto y vio que se trataba de aquel loco con el que se metía todo el mundo, recuperó la gallardía. Sintiendo que debía recuperar la dignidad que acababa de perder, se abalanzó sobre Wei Wuxian agitando las manos como quien ahuyenta a un perro.

—¿Qué haces aquí fuera?! ¡Vuelve adentro, venga, venga!

Ni siquiera un mendigo o una mosca merecían aquel trato. Que los sirvientes se atrevieran a actuar con aquella impertinencia debía de significar que Mo Xuanyu se había dejado amedrentar.

Wei Wuxian derribó a Tong con una ligera patada y se rio de él.

—¿Con quién crees que te estás metiendo?

A continuación, siguiendo el murmullo, se encaminó hacia el este. Tanto el salón este como su patio exterior estaban abarrotados de gente. Nada más llegar, oyó una voz de mujer que se alzaba por encima de las demás:

—Uno de los miembros más jóvenes de nuestra familia se dedicó a la cultivación durante un tiempo...

Tenía que ser la señora Mo, tratando como siempre de vincularse con el mundo de los cultivadores. Sin esperar a que terminara de hablar, Wei Wuxian se abrió paso entre la multitud y se coló en el salón.

—¡Yo, yo, yo! ¡Aquí estoy! —gritó con entusiasmo mientras agitaba los brazos.

El asiento principal del salón estaba ocupado por una mujer de mediana edad que se conservaba bien y estaba lujosamente vestida: la señora Mo. Sentado un escalón por debajo de ella, estaba su marido, y frente a ambos un grupo de jóvenes vestidos de blanco y con espadas colgadas a la espalda. Su conversación se detuvo abruptamente al ver que un hombre de aspecto estrafalario y desaliñado aparecía entre el gentío, pero Wei Wuxian fingió no darse cuenta.

—Se refería a mí, ¿no? —prosiguió sin inmutarse—. ¡El que practicaba la cultivación! ¡Tengo que ser yo!

Llevaba tal cantidad de polvos en la cara que al sonreír se le resquebrajaban y empezaban a desprenderse. A uno de los jóvenes de blanco se le escapó un borbotón de risa, pero el chico que parecía liderar el grupo le lanzó una mirada de reprobación que le hizo recuperar la compostura al instante.

Alertado por aquel sonido, Wei Wuxian miró hacia ellos y se llevó una sorpresa mayúscula. Lo que había tomado por la exageración de una sirvienta ignorante había resultado ser cierto: aquellos eran, en efecto, discípulos de una secta muy prominente.

El porte digno de aquellos muchachos, con sus túnicas de mangas ligeras y sus cinturones de seda al viento, les confería un aire

místico que era todo un regalo para la vista. Su atuendo no dejaba lugar a dudas: pertenecían al clan Lan de Gusu. Por vínculo de sangre, además, pues todos llevaban una cinta blanca con cenefa de nubes rodantes anudada a la frente.

El lema del clan Lan de Gusu era «Elegancia y rectitud» y aquella cinta simbolizaba la autodisciplina. Las nubes eran la insignia familiar. A sus cultivadores invitados o a los discípulos de otras familias a los que el clan acogía bajo su protección solo se les permitía llevar una cinta blanca sin dibujo. A Wei Wuxian le daba dentera cada vez que veía a alguien de aquella familia. En su vida anterior solía burlarse del blanco luctuoso⁶ de sus uniformes, así que estaba seguro de no errar al reconocerlos.

La señora Mo llevaba tanto tiempo sin ver a su sobrino que tardó unos instantes en reaccionar. Cuando por fin se dio cuenta de quién era aquel fantoche de la cara empolvada, se enfureció por dentro, pero, como no podía permitirse perder la compostura, se limitó a decirle por lo bajo a su esposo:

—¿Quién lo ha dejado salir? ¡Lléváoslo de aquí ahora mismo!

El hombre le respondió con una sonrisa sumisa. Luego se levantó y se fue hacia Wei Wuxian con gesto amenazador, pero este se echó al suelo y se aferró a él con pies y manos. Por más que tiraron de él, ni el esposo de la señora Mo ni los sirvientes que acudieron en su ayuda lograron moverlo. Lo habrían echado a patadas, pero se encontraban en presencia de forasteros.

⁶ En la cultura china el blanco es el color tradicional del luto.

Viendo que el semblante de su esposa se ensombrecía por momentos, el hombre empezó a sudar.

—¡Maldito chalado! —gritó—. ¡Retírate ahora mismo o ya verás la que te espera!

Los vecinos de la villa de los Mo sabían que un joven señor de la familia se había vuelto loco, pero Mo Xuanyu llevaba años sin salir de sus sombríos aposentos. Al ver que tanto su aspecto como sus acciones se asemejaban a los de un demonio, empezaron a cuchichear, ansiosos por ver cómo se desarrollaba aquel espectáculo.

—Si quieren que me retire, yo me retiro —dijo Wei Wuxian. Luego, señalando a Mo Ziyuan, añadió—: Pero antes ese tiene que devolverme todo lo que se ha llevado de mi cuarto.

Mo Ziyuan estaba asombrado por la osadía de aquel lunático. No se explicaba que hubiera tenido agallas de presentarse allí después de la lección que le había dado el día anterior.

—¡No digas disparates! —gritó con el rostro deformado por la ira—. ¿Cuándo me he llevado yo nada tuyo? ¡No tengo ninguna necesidad!

—¡Tienes razón! —asintió Wei Wuxian—. ¡No te lo has llevado, me lo has robado!

La señora Mo comprendió al instante que Mo Xuanyu no se había presentado allí por casualidad. Estaba perfectamente lúcido y tenía la intención de dejarlos en evidencia.

—Has venido dispuesto a armar jaleo, ¿a que sí? —lo acusó, furiosa a la par que sorprendida.

Wei Wuxian puso cara de extrañado.

—¿Armar jaleo? ¿Pedir que me devuelvan lo robado es armar jaleo?

Antes de que su madre tuviera ocasión de responder, Mo Ziyuan levantó la pierna para patear a Wei Wuxian. Sin embargo, uno de los jóvenes de blanco movió ligeramente los dedos y Mo Ziyuan perdió el equilibrio. Su pierna pasó sin rozar a Wei Wuxian, pero este rodó por el suelo como si realmente le hubiera dado; luego se descubrió el pecho y todos pudieron ver la marca que le había quedado de la patada que Mo Ziyuan le había propinado el día antes.

La gente de la villa estaba disfrutando de lo lindo con el espectáculo y apenas podía contener el entusiasmo. Era imposible que Mo Xuanyu se hubiera hecho aquella marca a sí mismo. ¡Qué manera tan atroz de tratar a quien no dejaba de ser un miembro más de la familia! El chico no había vuelto así de loco, ellos debían de haber hecho que empeorara. Dicho esto, mientras hubiera espectáculo, a ellos les daba igual todo. Al fin y al cabo, las patadas no eran para ellos, y la trifulca resultaba aún más emocionante que la visita de los cultivadores.

La señora Mo sabía que, con tantas miradas observando, no había manera de librarse del chico por la fuerza. No tuvo más remedio que contener la rabia y tratar de calmar las aguas.

—¿Robar? ¡Qué palabra tan fea! —exclamó con fingida afectación—. Aquí todos somos familia, seguro que tu primo se ha llevado lo que fuera para verlo y ya está. Ziyuan es menor que tú, ¿tan grave es que tome prestada alguna de tus cosas? Sé un poco más generoso con él. Montar este espectáculo por algo así... ¡Ni que no fuera a devolverte las cosas!

Los cultivadores se miraron abochornados. Uno de ellos, que estaba bebiendo té, estuvo a punto de atragantarse. Como discípulos del clan Lan de Gusu, se habían criado en un ambiente de elegancia y corrección, y probablemente nunca habían presenciado una farsa como aquella, desde luego no con aquel nivel de cinismo. Sin duda, estaba siendo un día muy enriquecedor.

Riendo para sus adentros, Wei Wuxian extendió la mano y dijo:
—Pues venga. Que me devuelva mis cosas.

Por supuesto, aquello era imposible para Mo Ziyuan a esas alturas: las cosas que no había roto las había tirado. E incluso en el caso de haber tenido algo que devolverle tampoco lo habría hecho de buena gana.

—¡Madre! —protestó, hirviendo de rabia—. ¿Vas a dejar que me insulte de esta manera?

La señora Mo lo fulminó con la mirada, dándole a entender que no debía empeorar la situación. Entonces Wei Wuxian volvió a hablar:

—En realidad, a mí lo que más me molesta no es que me robe, sino que se meta en mi cuarto de madrugada palpando a tientas... Todo el mundo sabe que me gustan los hombres. Puede que a él le dé igual, pero a mí no me conviene ser tan claro.

La señora Mo se quedó sin respiración.

—¡¿Cómo te atreves a insinuar algo así delante de todo el mundo?!
—gritó luego—. ¡No tienes vergüenza! ¡Ziyuan es tu primo!

Si de formar escándalo se trataba, Wei Wuxian era un experto. En el pasado había tenido que mantener un mínimo decoro para que nadie pudiera acusarlo de no tener educación, pero, ahora que

estaba en la piel de un loco, ya no tenía honor que conservar. Podía soltarse tanto como quisiera, de modo que estiró el cuello y dijo:

—¡Precisamente porque sabe que es mi primo debería haberse contenido! ¿Quién es el sinvergüenza aquí? ¡Si a ti te da igual tu reputación, al menos piensa en la mía! ¡Todavía tengo que encontrar a un buen hombre!

Mo Ziyuan rugió de rabia y levantó una silla dispuesto a lanzársela a Wei Wuxian. Este, satisfecho de ver que por fin lo había hecho explotar, se puso de pie de un salto y la silla se rompió en pedazos contra el suelo. Viendo que la cosa se ponía violenta, la multitud, que se agolpaba tanto dentro como fuera del salón este para contemplar con indisimulado deleite la humillación de la familia Mo, empezó a dispersarse, temerosa de recibir.

Wei Wuxian se refugió detrás de los jóvenes cultivadores del clan Lan, que seguían estupefactos ante lo que estaba ocurriendo.

—¿Habéis visto? ¡Además de robarme, también me zurra! ¡Es un salvaje!

Mo Ziyuan echó a correr hacia él para pegarle, pero el líder de los cultivadores se lo impidió.

—Joven señor, cálmese... Si tienen algún problema, háganlo sin pelear.

Al ver que el chico trataba de proteger a aquel lunático, la señora Mo se alarmó.

—Este joven es el hijo de mi hermana —intervino, forzando una sonrisa—, no está bien de la cabeza. Todos los que viven en esta villa saben cómo es y la clase de cosas que dice. Estimados cultivadores, no le hagan caso...

Antes de que terminara la frase, Wei Wuxian asomó la cabeza por detrás del cultivador.

—¿Que no me hagan caso? ¡A partir de ahora, al próximo que se atreva a robarme algo le corto un brazo!

En cuanto oyó aquello, Mo Ziyuan, que estaba siendo sujetado por su padre, volvió a estallar. Wei Wuxian se escurrió por la puerta y se marchó canturreando tan campante. Entonces el líder de los cultivadores se colocó raudo delante de la puerta y, adoptando un gesto serio, recondujo la conversación:

—Bueno, pues... como decíamos antes, esta noche trabajaremos en su patio oeste. Recuerden lo que les he dicho: en cuanto anochezca, cierren puertas y ventanas a cal y canto. No podrán salir a ningún sitio, mucho menos al patio oeste.

La señora Mo estaba temblando de la rabia, pero, como habría sido descortés apartar al joven que le impedía el paso, se limitó a responder:

—Sí... gracias, así lo haremos...

Mo Ziyuan no podía creer lo que estaba pasando.

—¡Madre! ¡Ese chiflado acaba de calumniarme delante de todo el mundo! ¿Vas a dejarlo pasar así como así? Tú misma dices siempre que es un...

—¡Cállate! —le espetó ella—. Ya hablaremos cuando estemos solos.

Para Mo Ziyuan, que no estaba acostumbrado a perder ni a ser humillado de aquel modo, la reprimenda de su madre no hizo más que encabritarlo aún más. Furioso, gritó:

—¡Esta noche me las pagarás, pirado!

Dando por concluido el espectáculo, Wei Wuxian salió por la puerta principal de la mansión y se fue a dar un paseo por la villa. Asustó a todo el que se cruzó en su camino, lo cual le pareció divertidísimo. Empezaba a encontrarle el gusto a ser un loco, también a sus pintas de fantasma degollado, así que decidió no quitarse el maquillaje.

«Me lo dejaré. De todas formas, no hay agua por aquí».

Mientras se arreglaba el pelo, se miró las muñecas. No había signos de que los cortes estuvieran curándose o desapareciendo, lo cual quería decir que para Mo Xuanyu lo que acababa de hacer no contaba como venganza.

¿De verdad tendría que matar a la familia entera?

Siendo sincero, tampoco iba a resultarle muy difícil.

Mientras pensaba esto, regresó a la mansión de los Mo. Al cruzar el patio oeste a paso ligero, vio que los discípulos del clan Lan se habían distribuido por el tejado y los aleros y estaban enfrascados en una seria discusión. Reculando cautelosamente, levantó la mirada y los observó con atención.

A pesar de que el clan Lan de Gusu había tenido un papel decisivo en el asedio a su guarida, en esa época aquellos muchachos no habían nacido aún o como mucho eran unos niños: no habían tenido nada que ver con el asunto. Wei Wuxian siguió observándolos, quería ver cómo planeaban manejar la situación. Entonces notó algo extraño.

¿Por qué le resultaban tan familiares aquellas banderas negras que colgaban de muros y tejados ondeando al viento?

Eran banderas invocadoras del mal. Unidas a una persona viva, tenían la capacidad de atraer a cada espíritu siniestro, cada alma vengativa, cada cadáver asesino y cada ser maligno que se hallara

dentro de un radio determinado, los cuales atacaban a la persona. Dado que llevarlas te convertía en un objetivo, también se las conocía como banderas diana. Podían adosarse a las casas, pero dentro tenía que haber al menos una persona viva y el rango de ataque se ampliaba a todos los ocupantes. Como el área en que se colocaban las banderas comenzaba a emanar una energía oscura que se arremolinaba como un torbellino negro, también había quien las llamaba banderas del viento negro.

Que los cultivadores hubieran dispuesto aquellas banderas en el patio oeste y hubieran prohibido a la gente acercarse solo podía significar que querían atraer a los cadáveres ambulantes hasta allí para destruirlos de un solo golpe.

La razón por la que las banderas le resultaban familiares era obvia. ¿Cómo no iba a reconocerlas si su inventor no había sido otro que él mismo? El mundo de la cultivación se había aliado para liquidarlo, pero años después seguían usando sus creaciones.

Uno de los discípulos apostados en el tejado se dio cuenta de que los estaba observando y le gritó:

—¡Márchese, por favor, este no es lugar para usted!

Quería echarlo, pero lo hacía por su bien y su tono no tenía nada que ver con el que habían empleado los sirvientes. Aprovechando que estaba desprevenido, Wei Wuxian dio un brinco y cogió una bandera.

El discípulo bajó del tejado de un salto y empezó a perseguirlo.

—¡No toque eso, que no es para usted!

—¡Me la quedo! ¡Para mí! —gritaba Wei Wuxian al tiempo que corría con el pelo alborotado y agitando las manos como un completo demente.

El cultivador lo alcanzó en apenas dos zancadas y lo agarró del brazo.

—¡Devuélvala a su sitio! ¡Mire que le pego!

Wei Wuxian se aferró a la bandera dispuesto a no dejarla ir. El líder de los jóvenes cultivadores, que andaba terminando de colocar una bandera en un alero, oyó la conmoción y descendió ligero como una pluma.

—Jingyi, cálmate —le dijo a su hermano cultivacional—. Límitate a quitarle la bandera y ya está, no hace falta que te pelees con él.

—¡No le he tocado un pelo, Sizhui! —protestó el otro—. ¡Pero míralo, está dejando la bandera hecha un guiñapo!

Mientras tanto, Wei Wuxian ya había terminado de analizar la bandera invocadora. Los hechizos estaban completos y los adornos eran los adecuados; todo estaba impecable, funcionarían cuando se usaran. Sin embargo, era evidente que quienquiera que los hubiera pintado carecía de experiencia y solo conseguirían atraer a los seres malignos que estuvieran a menos de cinco lis⁷ de distancia.

Lan Sizhui se dirigió a él con amabilidad:

—Joven señor Mo, está oscureciendo y vamos a empezar a cazar cadáveres ambulantes. Es peligroso que se quede aquí de noche, será mejor que vuelva a sus aposentos.

Wei Wuxian estudió al chico con la mirada. Era elegante y refinado, su porte era noble y una leve sonrisa le curvaba las comisuras de los labios. Se trataba, sin duda, de un tierno novicio digno de

⁷ 2,5 kilómetros. Un li equivale a quinientos metros.

encomio. No solo había sido capaz de disponer las banderas invocadoras en perfecta formación, sino que además hacía gala de unos modales exquisitos. Wei Wuxian se preguntaba cuál de los rancios tradicionalistas del clan Lan de Gusu había conseguido formar a un discípulo así de excepcional.

Lan Sizhui empezó a decir:

—Esta bandera...

Antes de que pudiera terminar, Wei Wuxian lanzó la bandera invocadora al suelo.

—Es una birria —dijo con un mohín—, no sé a qué viene tanto jaleo. ¡Las mías son mucho mejores!

Entonces echó a correr. Los jóvenes cultivadores que observaban desde el tejado se rieron de su ridícula declaración. Lan Jingyi también se echó a reír, pero de pura frustración. Recogió la bandera del suelo y le sacudió el polvo.

—¡Menudo lunático!

—No digas eso —lo reprendió Lan Sizhui—. Venga, ven a ayudar.

Por su parte, Wei Wuxian siguió deambulando sin rumbo un tiempo más y no volvió al patio de Mo Xuanyu hasta después de que anocheciera. La puerta de la casa estaba abierta de par en par y todo seguía patas arriba. Ignorando este hecho, Wei Wuxian escogió un rincón más o menos limpio del cuarto para sentarse a meditar.

Sin embargo, antes de que se le hiciera de día, una gran conmoción proveniente del exterior lo sacó de su trance. Un clamor de pasos entremezclados con gritos y exabruptos se estaba acercando a toda velocidad. Wei Wuxian escuchó que decían:

—¡Saquémoslo de ahí aunque sea a rastras!

—¡Hay que denunciarlo a las autoridades!

—¿Denunciarlo? ¡Hay que matarlo a palos!

Abrió los ojos justo a tiempo de ver a varios sirvientes irrumpiendo en la casa. El patio entero estaba tan iluminado como si fuera de día. Alguien gritó:

—¡Llevémonos a este loco asesino al salón principal y hagámonle pagar con la vida!

Lo primero que pensó Wei Wuxian fue que las banderas invocadoras de los jóvenes cultivadores habían fallado.

El más mínimo descuido en el uso de sus creaciones podía tener consecuencias desastrosas, por eso había querido asegurarse de que las banderas estuvieran bien dibujadas. Cuando echaron mano de él para llevárselo, se dejó arrastrar sin oponer resistencia; así se ahorraba la molestia de andar.

El salón este se encontraba tan concurrido como lo había estado durante el día con la villa entera reunida. Se hallaban presentes la mayoría de los familiares y sirvientes de la mansión, algunos con la ropa de dormir y sin haberse peinado. Todos estaban consternados. La señora Mo estaba recostada en su sillón como si acabara de volver en sí tras un desmayo. Tenía los ojos humedecidos y rastros de lágrimas en las mejillas, pero, en el momento en el que hicieron entrar a Wei Wuxian, su mirada afligida se transformó en una de odio y rencor.

En el suelo frente a ella había un bulto que parecía el cuerpo de una persona. Estaba tapado con una sábana blanca de la que solo sobresalía la cabeza. Lan Sizhui y los demás estaban inspeccionándolo entre susurros. Sus palabras llegaron a oídos de Wei Wuxian:

—¿Y dices que lo habéis encontrado hace menos de un incienso⁸?

—Sí. Justo después de someter a los cadáveres ambulantes, de camino hacia aquí, nos lo hemos encontrado tirado en una galería.

Era el cuerpo de Mo Ziyuan.

Cuando Wei Wuxian fue a echarle un vistazo, tuvo que mirar dos veces para cerciorarse.

Aquel cadáver se parecía a Mo Ziyuan y al mismo tiempo era muy diferente. Los rasgos eran los de aquel granuja, pero tenía las mejillas hundidas, los ojos salidos de sus órbitas y la piel arrugada como una pasa. Comparado con el Mo Ziyuan de antes, en la flor de la vida, este de ahora parecía haber envejecido veinte años de golpe: era como si le hubieran sorbido la carne y la sangre, y solo hubieran dejado los huesos y una fina capa de piel. Si Mo Ziyuan había sido solo feo, aquel cadáver era feo y viejo.

Mientras Wei Wuxian escrutaba el cadáver, la señora Mo se abalanzó a toda velocidad sobre él con el brazo en alto. Empuñaba un objeto brillante. ¡Una daga!

Lan Sizhui reaccionó de inmediato y la agarró para evitar el ataque. Antes de que pudiera decir nada, la señora Mo empezó a chillarle:

—¡Suéltame! ¡Mi hijo ha sufrido una muerte horrible y tengo que vengarlo! ¿Por qué os interponéis?

Wei Wuxian corrió a esconderse detrás de Lan Sizhui.

—¿Qué tiene que ver la muerte horrible de su hijo conmigo? —preguntó agazapado.

⁸ Un incienso equivale a treinta minutos.

Lan Sizhui, que no solo había visto la escena que Wei Wuxian había organizado durante el día, sino que luego también había oído toda clase de chismes sobre el hijo ilegítimo de la familia Mo, sentía compasión por aquel pobre desequilibrado y trató de defenderlo.

—Señora Mo, fíjese en el estado del cadáver de su hijo: le han sorbido la sangre, la carne y la esencia... Esto es claramente obra de un ser maligno, él no puede haber sido.

El pecho de la señora Mo se hinchó de indignación.

—¿Qué sabrás tú?! ¡El padre de este desequilibrado también era cultivador, seguro que algo conoce de las artes oscuras!

Lan Sizhui se dio la vuelta y miró con lástima al supuesto chiflado que tenía detrás.

—Señora... No tiene ninguna prueba para...

—¡La prueba es el cuerpo de mi hijo! —gritó la mujer, señalando el cuerpo que yacía en el suelo—. ¡Miradlo! ¡Su cadáver deja bien claro quién lo ha asesinado!

Adelantándose al resto de los presentes, Wei Wuxian levantó la sábana de un tirón y el cadáver de Mo Ziyuan quedó al descubierto.

Estaba incompleto.

¡Le faltaba el brazo izquierdo entero, del hombro para abajo!

—¿Lo veis? —prosiguió la señora Mo, fuera de sí—. ¿Qué ha dicho hoy ese loco aquí mismo, delante de todos? ¡Que, si Ziyuan volvía a tocar sus cosas, le iba a cortar un brazo!

Después de aquel arrebato se cubrió la cara y empezó a sollozar.

—Mi pobrecito hijo no le había quitado nada y, aun así, él, no contento con calumniarlo, luego lo ha asesinado... Es un perturbado...

¡Un perturbado! ¿Cuántos años hacía que nadie le dedicaba aquella lindeza? Wei Wuxian se señaló a sí mismo dispuesto a refutar el calificativo, pero luego no supo qué decir. No tenía claro quién estaba más loco, si él o la señora Mo. Después de todo, en su juventud había proferido todo tipo de amenazas: acabar con familias y clanes enteros, exterminar a millones de personas, hacer correr ríos de sangre... Sin embargo, la mayoría de las veces habían sido palabras vacías. Si realmente hubiera sido capaz de hacer todas aquellas cosas, llevaría tiempo reinando sobre el mundo de la cultivación.

En el fondo, la señora Mo no quería vengar la muerte de su hijo, solo buscaba a alguien sobre quien descargar su ira. Wei Wuxian decidió que no valía la pena discutir con ella. Se quedó pensativo un momento. Luego rebuscó en la pechera de Mo Ziyuan y sacó un objeto. Cuando lo desenrolló, descubrió que era una bandera invocadora del mal.

Al momento supo exactamente lo que había pasado.

—¡Hizo otra de las tuyas y le ha costado la vida!

Cuando Lan Sizhui y los demás vieron la bandera, lo entendieron todo también. Teniendo en cuenta lo ocurrido durante el día, no era difícil de deducir: después de la humillación sufrida a manos de Mo Xuanyu, Mo Ziyuan había querido ajustar cuentas con él. Sin embargo, como Mo Xuanyu se había ido a dar una vuelta por la villa, no halló ni rastro y se vio obligado a esperar a que volviera para desquitarse.

Al caer la noche, salió de su cuarto a escondidas, pasó por el patio oeste y vio las banderas invocadoras plantadas en los aleros. Los cultivadores habían insistido en que nadie debía salir en toda la

noche, que el patio oeste estaba prohibido y que aquellas banderas negras no se podían tocar por nada del mundo, pero él pensó que debían de haberlo dicho para que nadie les robara sus preciadas armas espirituales. Ignoraba el terrible efecto de las banderas invocadoras y que, en cuanto se embolsara una, iba a convertirse en un blanco viviente. Siempre había tenido las manos largas. Robar los talismanes y artefactos espirituales de su primo se había convertido en una adicción. Cada vez que veía uno de aquellos objetos maravillosos, sentía unas ganas irrefrenables de echarles mano. Por eso, aprovechando que los dueños de las banderas estaban ocupados sometiendo a los cadáveres ambulantes del patio oeste, birló una.

De las seis banderas que componían la formación, cinco permanecieron colocadas en el patio oeste. Los cultivadores del clan Lan hacían de señuelo, pero llevaban consigo innumerables artefactos espirituales que los protegían. Mo Ziyuan, en cambio, a pesar de haber robado solo una bandera, no llevaba ninguna protección. Naturalmente, los espíritus malignos habían preferido atacar al más débil. De haberse tratado de meros cadáveres ambulantes, el resultado no habría sido tan trágico: a lo sumo Mo Ziyuan se habría llevado unos cuantos mordiscos, pero no habría muerto en el acto y habrían tenido tiempo de salvarlo. Por desgracia para él, su bandera había atraído a algo mucho más peligroso: ¡un espíritu maligno desconocido que no solo lo había matado, sino que también le había arrancado un brazo!

Wei Wuxian levantó las manos. Tal y como había imaginado, uno de los cortes de los antebrazos se le había curado. Al parecer el pacto de ofrendación reconocía la muerte de Mo Ziyuan como

obra suya; al fin y al cabo, él era el inventor de las banderas invocadoras del mal. Aquella casualidad le había venido de perlas.

La señora Mo era perfectamente consciente de los defectos de su hijo, pero no estaba dispuesta a admitir que Mo Ziyuan hubiera causado su propia muerte. Fuera de sí, cogió una taza de té y la lanzó en dirección a la cara de Wei Wuxian.

—¡Si ayer no lo hubieras humillado delante de toda esa gente, Ziyuan no habría huido en mitad de la noche! ¡Tú tienes la culpa, malnacido!

Wei Wuxian, que había estado esperando un arrebato como aquel, se apartó a tiempo de esquivar el ataque. Entonces la mujer se puso a gritarle a Lan Sizhui:

—¡Y vosotros también! ¡Sois un hatajo de inútiles! ¡Mucha cultivación y mucho exorcismo, pero no habéis sido capaces de proteger a mi pobre niño! ¡Ziyuan era muy joven!

Los chicos eran meros novicios y aquella era una de sus primeras misiones. Toparse con un ser maligno tan feroz como aquel había sido una sorpresa para ellos, pues no habían detectado nada fuera de lo normal en la zona. Sabían que habían pasado algo por alto y se sentían culpables por ello, pero aquel rapapolvo tan injusto los estaba irritando cada vez más; después de todo, pertenecían a un clan muy respetado y hasta el momento nadie se había atrevido a tratarlos de aquella manera. Sin embargo, las enseñanzas del clan Lan de Gusu eran muy estrictas: no solo tenían prohibido levantarle la mano a la gente común, sino que ni siquiera se les permitía cometer la más mínima descortesía. Obligados a contener su irritación, cada vez endurecían más el gesto.

Wei Wuxian se hartó de verlos así.

«Aun después de tantos años, los miembros del clan Lan siguen siendo igual de mojigatos que siempre. ¿Para qué les sirve su dichoso autocontrol, para asfixiarse? ¡Fijaos en mí!».

—¡Eh! —gritó—. ¿Quiénes cree que son estos muchachos para gritarles así? ¿Los ha tomado por sus siervos? ¡Han venido de muy lejos para limpiar su casa de seres malignos a cambio de nada! ¿Cree que le deben algo? ¿Y cuántos años tenía su hijo? Al menos diecisiete, ¿no? ¡Edad suficiente para hacer caso! ¿No es cierto que nos repitieron una y otra vez que no fuéramos al patio oeste y que no tocáramos nada dentro de la formación de banderas? ¿De quién es la culpa de que se escabullera en mitad de la noche a robar? ¿Mía? ¿De ellos?

Lan Jingyi y los demás suspiraron aliviados y su gesto se relajó. La señora Mo estaba desolada, pero también sentía una rabia irrefrenable. En su mente resonaba una única palabra: muerte. No la propia para reunirse con su hijo, sino la del resto del mundo, especialmente la de quienes tenía delante. Como siempre que ocurría algo, recurrió a su marido.

—¡Llama a todo el mundo! —le gritó, dándole un empujón—. ¡Que vengan inmediatamente!

El marido seguía con la mirada perdida. Quizá la muerte de su único hijo lo había trastornado. Entonces le devolvió el empujón. La señora Mo, desprevenida, cayó al suelo. Estaba atónita.

Normalmente le bastaba con gritarle para que él corriera a obedecerla, pero esta vez había tenido que darle un empujón ¡y él se había atrevido a devolvérselo!

Todos los sirvientes se asustaron al ver la expresión de su señora. Ding, temblorosa, trató de ayudarla a levantarse, pero ella, apretándose el pecho con la mano, le gritó:

—¡Fu... fuera de mi vista ahora mismo!

El marido seguía absorto. Ding le echó un par de miradas a Tong, tras lo cual este corrió a llevarse a su señor afuera. El caos reinaba en todas partes. Al ver que la familia se había calmado por fin, Wei Wuxian se dispuso a seguir inspeccionando el cadáver. Sin embargo, cuando apenas le había echado un vistazo, se oyó un grito estridente y agudo en el patio.

Todos los ocupantes del salón salieron en tromba a ver qué había pasado. Encontraron dos cuerpos convulsionando en el suelo: uno de ellos, sentado, era Tong. Seguía vivo. El otro, tendido en el suelo, estaba tan marchito y arrugado como si le hubieran sorbido la carne y la sangre. Le faltaba el brazo izquierdo, pero no le brotaba sangre de la herida. Su aspecto era idéntico al del cadáver de Mo Ziyuan.

La señora Mo acababa de zafarse del brazo de Ding, pero, al ver el cadáver que yacía en el suelo, se quedó aturdida. Sin fuerzas para volver a estallar, acabó desmayándose. Wei Wuxian, a su lado por casualidad, la cogió al vuelo y se la pasó a Ding, que venía detrás. Luego se miró el brazo derecho: le había desaparecido otro corte.

El marido de la señora Mo había caído fulminado en el momento en que cruzó la puerta del salón, antes siquiera de pisar el patio. Había ocurrido en meros instantes. Lan Sizhui, Lan Jingyi y los demás estaban blancos como el papel. El primero en reaccionar fue Lan Sizhui, que fue hacia Tong y le preguntó:

—¿Has podido ver algo?

El sirviente estaba tan aterrorizado que no podía ni abrir la boca. Se limitaba a mover la cabeza de un lado a otro repetidamente. Ansioso, Lan Sizhui ordenó a sus compañeros que se lo llevaran dentro. Luego se volvió hacia Lan Jingyi.

—¿Has disparado la señal?

—Sí —respondió este—, pero, como no haya cultivadores experimentados cerca por casualidad, me temo que los nuestros tardarán como poco una hora en llegar. ¿Qué hacemos mientras tanto? Ahora mismo ni siquiera sabemos a lo que nos enfrentamos.

No podían marcharse sin más. Si los discípulos de un clan huían de un enfrentamiento con espíritus malignos para salvar el pellejo, no solo deshonorarían a su clan, sino que ellos mismos sentirían tanta vergüenza que no querrían volver a dejarse ver. Llevarse con ellos a la aterrada familia Mo tampoco era una opción, pues el espíritu maligno ya debía de andar entre ellos y, por tanto, iba a acompañarlos.

Lan Sizhui apretó los dientes.

—¡Permaneceremos en guardia hasta que aparezcan los refuerzos!

Ahora que habían disparado la señal de socorro, no tardarían en venir en su ayuda más cultivadores. Si Wei Wuxian quería evitarse más problemas, tenía que irse. En caso de que vinieran cultivadores que no lo conociesen, no pasaría nada, pero, como apareciera alguien con quien hubiera tratado o bregado, podía formarse una buena.

Sin embargo, la maldición que pesaba sobre su persona le impedía abandonar las tierras de la familia Mo por el momento. Además, la criatura a la que habían atraído se había cobrado dos

vidas humanas en muy poco tiempo, lo cual demostraba una brutalidad extraordinaria. Si se lavaba las manos y se iba, para cuando llegaran los refuerzos, probablemente las calles de la villa de los Mo estarían llenas de cadáveres sin brazo izquierdo, entre ellos, sin duda, el de algún discípulo del clan Lan.

Después de sopesar la situación unos instantes, se dijo:

«Acabemos con esto de una vez».

Los cultivadores eran jóvenes e inexpertos, pero, a pesar de su evidente nerviosismo, asumieron valientemente sus puestos, decididos a proteger la mansión de los Mo. Colocaron talismanes tanto dentro como fuera del salón. El sirviente Tong había sido llevado al interior. Lan Sizhui estaba tomándole el pulso con la mano izquierda a la vez que con la derecha masajeaba la espalda de la señora Mo. Mientras se debatía entre a cuál de los dos ayudar primero, Tong se incorporó de un respingo.

—¡Tong! ¡Estás despierto! —exclamó Ding.

Antes de que el rostro de la sirvienta tuviera tiempo de expresar alegría, Tong levantó la mano izquierda y se agarró el cuello.

Al ver esto, Lan Sizhui corrió a pulsarle varios puntos de acupresión con ágiles toques triples. Wei Wuxian sabía que, a pesar de su delicada apariencia, los miembros del clan Lan poseían una fuerza en los brazos que era de todo menos delicada. Aquella técnica era capaz de inmovilizar al instante a cualquiera, pero Tong parecía inmune; su mano izquierda seguía apretando cada vez con más fuerza y su cara se retorció cada vez más dolorosamente. Lan Jingyi trató de apartarle la mano, pero su agarre era tan sólido como el acero y no se movió ni un ápice.

Al poco se oyó un crujido, Tong ladeó la cabeza y la mano se relajó.

¡Tong acababa de estrangularse a la vista de todos!

—¡Es un fa... fantasma! —gritó Ding, aterrada ante aquella visión—. ¡Hay un fantasma invisible entre nosotros que ha hecho que Tong se estrangule!

Su voz lúgubre y angustiada espeluznó a los presentes. Todos la creyeron al instante. Todos menos Wei Wuxian, que había llegado justo a la conclusión contraria: no se trataba de un fantasma avieso.

Había visto los talismanes de los muchachos y eran del tipo que ahuyentaba a los malos espíritus. El patio oeste estaba completamente cubierto de ellos. Si un espíritu maligno hubiera entrado allí, habrían empezado a arder en llamas verdes al instante; no habrían permanecido inertes como ahora.

El problema no era que los chicos no hubieran sabido reaccionar a tiempo, sino que el intruso era singularmente feroz. Las sectas cultivacionales definían el término «fantasma avieso» de forma muy precisa: solo se consideraban como tales aquellos fantasmas que mataban a una persona al mes durante un mínimo de tres meses consecutivos. Aquel criterio, establecido por el propio Wei Wuxian, debía de seguir usándose. Lidar con fantasmas aviesos era su especialidad y, en su experiencia, cualquier espíritu maligno que matase a una persona a la semana ya podía considerarse como un fantasma avieso particularmente problemático. Sin embargo, aquel ser con el que estaban tratando había liquidado a tres personas seguidas, y en un espacio de tiempo muy corto. Hasta el cultivador

más experimentado habría tenido dificultades para idear un contraataque adecuado sobre la marcha, con más razón aquellos novicios.

Wei Wuxian andaba pensando en eso cuando las llamas de las velas parpadearon.

Una súbita ráfaga de viento siniestro apagó todas las luces del salón y del patio. Inmediatamente empezaron a oírse gritos. La gente se empujaba y tropezaba tratando de huir.

—¡Que nadie se mueva de su sitio! —gritó Lan Jingyi—. ¡Al que eche a correr lo arrestamos!

Su intención no era alarmarlos porque sí. Los espíritus malignos solían servirse de la oscuridad para sembrar el caos y beneficiarse de la confusión resultante. Cuanto más gritaran y corrieran, más fácil sería que atrajeran problemas sin saberlo. En momentos así era extremadamente peligroso quedarse solo o dejarse llevar por el pánico. Sin embargo, muertos de miedo como estaban, ¿cómo iban a escucharlo o a hacerle caso? Al poco el salón quedó en silencio. Solo se oían respiraciones agitadas y algún que otro sollozo. Tal vez solo quedara un puñado de personas.

De pronto, apareció una luz en la oscuridad: Lan Sizhui había encendido un talismán iluminador.

Su llama no podía ser extinguida por vientos nefarios, así que la usó para volver a encender las velas mientras sus compañeros trataban de calmar a la gente que quedaba. Wei Wuxian aprovechó el regreso de la luz para mirarse los brazos. Le había desaparecido otro corte.

Entonces se dio cuenta de que el número de cortes no cuadraba.

Había empezado con dos cortes en el brazo izquierdo y dos en el derecho. Uno se le había curado tras la muerte de Mo Ziyuan,

otro tras la muerte del padre de este y otro tras la muerte de su sirviente, Tong. Eso sumaba un total de tres cortes, dejando el último, el corte con la herida más profunda e infligido con más ensañamiento.

Pero ya no le quedaba ninguno. Todos habían desaparecido.

Wei Wuxian estaba convencido de que la señora Mo formaba parte del grupo de personas de las que Mo Xuanyu deseaba vengarse. El corte más largo y profundo debía de ser para ella. Pero había desaparecido. ¿Podía ser que Mo Xuanyu hubiera tenido una epifanía y hubiera renunciado a su odio? No, él ya había sacrificado el alma como pago por la invocación de Wei Wuxian. La herida solo podía sanar si moría la señora Mo.

Su mirada viajó desde sus brazos hasta la señora Mo, que acababa de levantarse y estaba rodeada de gente. Tenía la cara blanca como el papel.

¿Y si ya estuviera muerta?

Wei Wuxian estaba seguro de que algo se había apoderado del cuerpo de la mujer. Si no podía ser un espíritu, entonces, ¿qué?

De repente oyó a Ding sollozando:

—¡El brazo... el brazo izquierdo de Tong!

Lan Sizhui acercó el talismán iluminador al cadáver de Tong. También le había desaparecido el brazo izquierdo.

¡El brazo izquierdo!

De repente, Wei Wuxian tuvo una luminosa revelación: una criatura malvada, brazos izquierdos que desaparecían... ¡No podía ser más evidente! Entonces se echó a reír a carcajadas, lo cual enfureció a Lan Jingyi.

—¡¿Qué hace este memo riéndose en un momento así?! —gritó, sin pararse a pensar que, si de verdad era un memo, no merecía la pena molestarle por ello.

Wei Wuxian lo agarró de la manga negando con la cabeza.

—¡No, no!

Lan Jingyi, irritado, se zafó de un tirón.

—¿Que no qué? ¿Que no es un memo? ¡Venga, deje de molestar!

—¡No son ellos! —dijo entonces Wei Wuxian, señalándole los cuerpos del padre de Mo Ziyuan y de Tong en el suelo.

Después de contener a Lan Jingyi para que no explotara, Lan Sizhui preguntó:

—¿Qué quiere decir con que «no son ellos»?

Wei Wuxian respondió solemnemente:

—Quiero decir que este no es el padre de Mo Ziyuan. Y ese tampoco es Tong.

Cuanto más solemne se ponía debajo de todo aquel maquillaje que llevaba, más daba la impresión de estar mal de la cabeza. Sin embargo, a la tétrica luz de las velas, sus palabras resultaron inquietantes para todos. Lan Sizhui dudó por un momento, pero luego preguntó:

—¿Por qué no?

Wei Wuxian respondió orgulloso:

—Porque no eran zurdos. ¡Lo sabré yo! Siempre me atizaban con la derecha.

Ahí Lan Jingyi terminó de perder la paciencia.

—¿Se puede saber a qué viene esa cara de satisfacción? ¡Eso no es nada de lo que presumir!

Lan Sizhui, en cambio, sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Repasó lo acontecido: Tong se había estrangulado con la mano izquierda. El marido de la señora Mo había empujado a su mujer con la mano izquierda. Sin embargo, durante el día, cuando Mo Xuanyu había causado el alboroto en el salón principal y ambos habían tratado de echarlo, utilizaron la mano derecha. ¿Qué probabilidades había de que los dos se hubieran vuelto zurdos de repente poco antes de morir?

Aunque aún no supieran el motivo, si querían averiguar qué era lo que andaba haciendo travesuras, tenían que partir de aquellos brazos izquierdos. Tras llegar a esa conclusión, Lan Sizhui miró con asombro a Wei Wuxian.

«Que haya dicho eso de repente... no parece una coincidencia».

Wei Wuxian le sonrió. Era consciente de que su indirecta había sido demasiado obvia, pero no le quedaba otra opción.

Por suerte, Lan Sizhui no le dio demasiadas vueltas.

«Bueno, en cualquier caso, si el joven señor Mo ha querido alertarme no puede haber sido con mala intención».

Apartó la mirada de Wei Wuxian para dirigirla hacia Ding, que acababa de desmayarse. Luego la posó sobre la señora Mo.

Primero le miró la cara, luego los brazos. Los llevaba colgando, de manera que las mangas le cubrían las manos casi por completo. Los dedos que asomaban por la manga derecha eran finos y blancos como la nieve, propios de una mujer acomodada que no había trabajado un solo día en su vida. En cambio, los dedos de la mano izquierda parecían bastante más largos, también más gruesos, y se cerraban en un puño lleno de fuerza.

¡No pertenecían a la mano de una mujer, sino a la de un hombre!

—¡Sujetadla! —gritó Lan Sizhui.

Los jóvenes cultivadores aprehendieron a la señora Mo.

—¡Con permiso! —se disculpó Lan Sizhui. Tenía un talismán en la mano y estaba a punto de colocárselo. Entonces el brazo izquierdo de la señora Mo se retorció en un ángulo imposible y trató de agarrarlo del cuello.

La única forma en que una persona habría sido capaz de retorcer el brazo de aquella manera hubiera sido que tuviera los huesos rotos. Fue muy veloz, y habría conseguido cogerlo del cuello de no ser porque en el último momento Lan Jingyi, dando un alarido, cubrió con su cuerpo a Lan Sizhui.

Un destello de fuego. La mano acababa de coger a Lan Jingyi por el hombro cuando de pronto quedó envuelta de llamas verdes y lo soltó.

Lan Sizhui había escapado de la muerte. Quiso darle las gracias a Lan Jingyi por haber arriesgado la vida para protegerlo, pero entonces vio lo maltrecho que había quedado su compañero, con la mitad del ropón quemado. Este se quitó la mitad restante y se dio la vuelta para increpar con rabia a Wei Wuxian:

—¿A qué ha venido esa coz, majadero? ¿Acaso quiere matarme?

Wei Wuxian se alejó de él protegiéndose la cabeza con las manos.

—¡Yo no he sido!

Sí había sido. Los ropones de los uniformes del clan Lan estaban profusamente bordados por dentro con hechizos y conjuros que los protegían. Sin embargo, ante un oponente tan formidable como aquel, quedaban inutilizados después de un solo uso. Apremiado por la

urgencia, Wei Wuxian no había visto otra salida que pegarle una patada a Lan Jingyi para que protegiera con su cuerpo el cuello de Lan Sizhui.

Lan Jingyi estuvo a punto de gritarle más cosas, pero justo entonces la señora Mo se desplomó en el suelo. Le habían succionado la carne y la sangre de la cara, todo lo que quedaba era una fina capa de piel que cubría su calavera. Aquel brazo masculino que no le pertenecía ya no estaba unido a su cuerpo, pero seguía moviendo los dedos y podían verse las venas palpitando; daba la sensación de que estuviera ejercitando los músculos.

¡Esa era la criatura maligna a la que habían atraído las banderas invocadoras!

El descuartizamiento era una muerte cruel por definición. Se consideraba una forma de morir algo más digna que la de Wei Wuxian, aunque no por mucho. La diferencia entre ser descuartizado y ser despedazado y reducido a cenizas era que en el primer caso los miembros cercenados retenían parte del resentimiento del muerto, ansiaban conformar un cadáver completo y trataban por todos los medios posibles de reunirse con el resto. Cuando lo lograban, o bien descansaban en paz, o bien causaban aún más daño; pero, cuando no daban con el resto del cuerpo, se veían obligados a elegir la segunda mejor opción.

¿Cuál era esa segunda mejor opción? Tratar de acoplarse al cuerpo de una persona viva. Exactamente lo que estaba haciendo aquel brazo fantasma: devoraba el brazo izquierdo de una persona viva, ocupaba su lugar y comenzaba a succionar la carne, la sangre y el espíritu de su huésped. Al terminar, abandonaba el cuerpo y se iba en busca del siguiente. No pararía hasta reencontrarse con su cadáver original.

La persona parasitada moría en el mismo instante en que el brazo se le acoplaba al cuerpo, pero, hasta que su carne y su sangre no eran consumidas del todo, podía seguir moviéndose como de costumbre bajo el control del brazo, dando la impresión de estar aún viva. El primer huésped había sido Mo Ziyuan. El segundo había sido su padre. Devolver el empujón que le había propinado su mujer había sido una reacción muy impropia de él. En el momento, Wei Wuxian había supuesto que la pérdida de su hijo lo habría enajenado o que por fin se había hartado de los modos con que lo trataba su mujer. Sin embargo, ahora quedaba claro que lo que su aspecto mostraba no era abatimiento, tampoco hartazgo, sino quietud: la quietud de un muerto.

El tercer anfitrión había sido Tong y el cuarto, la señora Mo. El brazo fantasma había aprovechado el caos desatado al apagarse las luces para migrar del uno a la otra. Y en ese momento, el momento de la muerte de la señora Mo, el último corte de los brazos de Wei Wuxian había desaparecido.

Cuando los jóvenes cultivadores del clan Lan se dieron cuenta de que los talismanes no surtían efecto, pero sus uniformes sí, se quitaron los ropones y comenzaron a echarlos encima de aquel brazo. Terminó tan arropado como una crisálida en su estuche. Un instante después prendió y empezó a arder entre fieras llamas verdes que se elevaban hacia el cielo. Habían conseguido el efecto deseado, pero no iba a durar: en cuanto los ropones se quemaran del todo, el brazo resurgiría de entre las cenizas. Wei Wuxian aprovechó que nadie le prestaba atención para echar a correr hacia el patio oeste.

Allí aguardaban los cadáveres ambulantes que los cultivadores habían capturado, quietos y en silencio porque los hechizos pintados en el suelo los contenían. Wei Wuxian borró uno de los caracteres con el pie y el conjuro se rompió. Entonces dio dos palmadas y los cadáveres se sacudieron. Al instante abrieron los ojos, completamente blancos, como si un trueno los hubiera despertado.

—Venga —los conminó Wei Wuxian—. ¡A trabajar!

Nunca le habían hecho falta conjuros enrevesados para controlar cadáveres marioneta. Le bastaba con dar órdenes sencillas y directas como aquella. Los cadáveres que estaban delante dieron un par de pasos temblorosos, pero, conforme lo tuvieron cerca, empezaron a asustarse, se les aflojaron las rodillas y cayeron de bruces al suelo como humanos vivos aterrorizados.

Wei Wuxian no sabía si reír o llorar. Volvió a dar dos palmadas, esta vez mucho más suaves. Sin embargo, aquellos cadáveres debían de haber vivido en la villa de los Mo desde su primer aliento hasta el último y habían visto muy poco mundo; obedecían las órdenes de su invocador de forma instintiva, pero por alguna razón también le tenían pánico, así que siguieron gimoteando en el suelo sin atreverse a levantarse.

Cuanto más cruel era un ser maligno, más fácil le resultaba a Wei Wuxian controlarlo. Aquellos cadáveres no habían sido entrenados por él, así que eran incapaces de soportar su control directo. No llevaba encima materiales con los que fabricar una herramienta que los calmara y tampoco veía nada con lo que improvisarla. Observando que las llamas verdes del patio este comenzaban a extinguirse, de repente se le ocurrió una idea.

Si lo que quería eran muertos odiosos y llenos de resentimiento, no tenía que haber salido a buscarlos.

¡En el salón este había varios!

Volvió raudo al patio este. Agotado su primer plan, Lan Sizhui había tenido otra idea. Los jóvenes cultivadores habían desenvainado sus espadas largas y las habían clavado en el suelo formando una especie de jaula para encerrar al brazo fantasma, que andaba estampándose contra ellas. Estaban tan concentrados en mantener las espadas clavadas con firmeza en el suelo que ninguno tenía tiempo de fijarse en quién iba y quién venía.

Wei Wuxian entró en el salón este, agarró los cadáveres de la señora Mo y de Mo Ziyuan por el pescuezo y les susurró:

—¿Qué hacéis dormidos? Arriba.

¡Con aquella invocación, sus almas regresaron!

Un instante después la señora Mo y su hijo abrieron los ojos en blanco y lanzaron el característico grito de los fantasmas aviesos en el momento de su despertar.

En mitad de los gritos, agudo el de ella y grave el de él, un tercer cadáver se levantó tambaleante y se les unió con una voz que no podía ser más débil. Era el marido de la señora Mo.

Sus voces eran suficientemente poderosas y rebosaban odio. Wei Wuxian estaba muy satisfecho. Les dijo:

—¿Reconocéis ese brazo de ahí?

Luego sonrió con frialdad.

—Despedazadlo.

Published originally under the title of 魔道祖师 (Mo Dao Zu Shi) 1

Author © 墨香铜臭 (Mo Xiang Tong Xiu)

Spanish edition rights under license granted by © 北京晋江原创网络科技有限公司
(Beijing Jinjiang Original Network Technology Co., Ltd)

Ilustraciones cedidas bajo licencia por Reve Books Co., Ltd.

Ilustración de portada © 千二百 (Qian Er Bai)

Ilustraciones interiores © Marina Privalova

Spanish edition copyright © 2024 NORMA EDITORIAL S.A.

Spanish edition arranged through JS Agency Co., Ltd, Taiwan

All rights reserved.

Publicación de Norma Editorial, 2024

Norma Editorial, S.A. Passeig de Sant Joan, 7, principal.

08010 Barcelona. Tel.: 93 303 68 20

E-mail: norma@normaeditorial.com

Traducción: Javier Altayó (DARUMA Serveis Lingüístics, SL)

Edición externa: Red Cameo

Diseño gráfico: Cuadratín Estudio

Corrección: Laura Calvo


Depósito legal edición regular: B 19221-2023

Depósito legal edición especial: B 19222-2023

ISBN edición regular: 978-84-679-6671-8

ISBN edición especial: 978-84-679-6672-5

Printed in the EU



El cruento asedio a la colina de las fosas ha puesto fin al reinado del terror del patriarca de Yiling, y el mundo cultivacional ha recuperado la paz... Una paz que dura exactamente trece años, hasta que Wei Wuxian, el patriarca de Yiling, despierta nuevamente a la vida, esta vez dentro del cuerpo de un mediocre cultivador que ha sacrificado su alma en busca de venganza.

En esta segunda vida Wei Wuxian tampoco tendrá descanso. Perseguido por su pasado y por un misterio que amenaza con volver a desencadenar el caos en el mundo, tendrá que buscar aliados entre aquellos que lo odiaban y lo mataron. Sorprendentemente, encontrará su mayor apoyo en Lan Wangji, un virtuoso cultivador al que conoció en su adolescencia y de carácter tan recto y formal como Wei Wuxian es travieso y malicioso.

¡La autora más relevante del universo danmei, Mo Xiang Tong Xiu, nos invita a descubrir la serie que se ha convertido en todo un fenómeno internacional, también conocida como *Grandmaster of Demonic Cultivation*!